

El conflicto de Chechenia

Carlos Taibo

Universidad Autónoma de Madrid

Resumen: Desde finales del siglo XVIII se hace valer una tensa relación entre Chechenia y Rusia. En 1991, en los estertores de la Unión Soviética, la primera se declaró unilateralmente independiente. Tres años después, a finales de 1994, Rusia intervino militarmente y se inició una guerra que se prolongó hasta mediados de 1996. Tras una breve etapa en la que la confrontación amainó, Rusia intervino de nuevo en 1999 y abrió un conflicto que se prolonga hasta hoy. La presencia del fundamentalismo islamista configura, de cualquier modo, una de las muchas claves —entre ellas la lógica imperial rusa y el relieve geoestratégico y geoeconómico de la región— que hay que invocar para explicar la textura presente del contencioso checheno.

Palabras clave: Cáucaso, Chechenia, fundamentalismo islamista, petróleo, Rusia, terrorismo internacional.

Abstract: Since the end of the XVIIIth century, there has been a tense relationship between Chechenia and Russia. In 1991, while the Soviet Union was dying, Chechenia declared herself unilaterally independent. Three years later, at the end of 1994, Russia carried out a military intervention and there began a war that lasted until the middle of 1996. After a brief stage in which the confrontation subsided, Russia tried to intervene again in 1999 and opened a conflict that extends up to our days. Anyhow, the presence of the Islamist fundamentalism forms one of many keys that are necessary to invoke to explain the present texture of the Chechenian dispute, such as the imperial Russian logic and the geostrategic and geoeconomic relevance of the region.

Key words: Caucasus, Chechnya, international terrorism, Islamic fundamentalism, oil, Russia

El propósito mayor de este texto es aportar una información general sobre un conflicto que comúnmente se incluye en una categoría problemática: la de los *conflictos olvidados*. Dentro de esta categoría, la condición precisa de los hechos chechenos de los últimos quince años exhibe un rasgo, por lo demás, singular: de un tiempo a esta parte el nombre de Chechenia sólo se ofrece a la atención de medios de comunicación y opiniones públicas cuando se hacen valer, con enorme impacto emocional, hechos de terror como los verificados en 2002 en el teatro Dubrovka de Moscú o en 2004 en una escuela de Beslán, en Osetia del Norte. Como quiera que semejante manera, torcida, de encarar el conflicto que —se supone— está en la trastienda de esos hechos acarrea problemas graves en forma de olvidos y distorsiones, se antoja preciso rescatar las claves principales de la tragedia chechena contemporánea.

El escenario

Chechenia es uno más de los pequeños países situados tierra adentro, al norte de la cordillera del Cáucaso, entre los mares Negro y Caspio¹. Con capital en Grozni, el territorio checheno comparte zonas montañosas, al sur, y áreas llanas en transición hacia la estepa rusa, al norte.

En la etapa soviética Chechenia quedó encuadrada, junto con la vecina Ingushetia, en Rusia, una de las repúblicas federadas que integraban la URSS. En 1989, Chechenia-Ingushetia tenía una extensión de 19.300 km² en los que residían 1.400.000 habitantes. De ellos, un 58 por 100 eran chechenos; un 13 por 100, ingushes, y un 23 por 100, rusos. El porcentaje de población rusa se había reducido en un 6 por 100 con respecto a los niveles de 1979, acaso por efecto de la relativa crisis de la industria petrolera; la presencia de los rusos era particularmente significativa en los centros urbanos.

A partir de 1991 —y anticipamos hechos— se verificaron dos procesos de innegable relieve demográfico. Por un lado, la declaración de independencia de Chechenia se tradujo en el éxodo de una parte,

¹ En la elaboración de una parte, la inicial, de este texto nos hemos servido del trabajo que, publicado en 1995 por Bakeaz en Bilbao, llevaba por título *El conflicto de Chechenia: una guía de urgencia*.

difícilmente cuantificable, de la población rusa. Por el otro, la separación de Ingushetia, que en 1992 desgajó 2.000 km² de territorio y 230.000 habitantes, por lógica redujo de manera notable el porcentaje de ingushes residentes en los 17.300 km² restantes. Agreguemos que al margen de los chechenos presentes en su república, fuera de ella había algunas comunidades importantes. Así sucedía, en particular, en Daguestán, la república norcaucasica más oriental, en algunos lugares del Asia central a los que habían sido deportados ciudadanos chechenos en 1944, y en Moscú y otras grandes ciudades de Rusia.

Aunque la mayoría de los chechenos son musulmanes suníes, hay que convenir que hasta hace bien poco los signos de identidad religiosa resultaban ser débiles: al igual que en otros escenarios, la religión era ante todo un elemento de identificación cultural. Por lo que a la lengua se refiere, el checheno y el ingush son dos dialectos de una lengua caucásica que, conocida con el nombre de naj, incorpora préstamos del árabe, el persa, el turco, el georgiano y el ruso. En 1979 un 98 por 100 de los chechenos identificaba en el checheno su lengua materna, si bien un 76 por 100 declaraba que el ruso era su segunda lengua. En el sistema educativo el checheno ocupaba, sin embargo, un lugar marginal, en franco retroceso.

Los primeros intentos, más bien baldíos, de desarrollar una literatura en checheno se produjeron en Georgia a mediados del siglo XIX y se sirvieron del alfabeto cirílico. Esta circunstancia suscitó más de un conflicto, toda vez que en Chechenia se utilizaba cotidianamente el alfabeto árabe. Es más: las manifestaciones literarias se servían a menudo de la propia lengua árabe. Hubo que aguardar a los primeros años de la época soviética para que en Chechenia se emplease el alfabeto latino, definitivamente sustituido, en 1938, por el cirílico².

Hasta la época soviética, y en otro orden de cosas, se hicieron valer en el Cáucaso septentrional dos economías: si la primera lo era de subsistencia ganadera, fundamentalmente en las montañas, la segunda se materializaba, en las llanuras más septentrionales, en una agricultura relativamente próspera. A partir del decenio de 1930, y merced a las políticas estalinianas, se desplegaron en Chechenia-Ingushetia de manera casi simultánea, y en un marco de visible irracionalidad, tres procesos: una acelerada colectivización de la tierra, el desarrollo de una industria estrechamente ligada a la explotación del

² Véase TURKÁYEV, J. V. (dir.): *Kultura Chechni*, Moscú, Nauka, 2002.

petróleo y un rápido crecimiento de las ciudades. Así las cosas, se produjo un choque entre el sistema tribal y clánico, por un lado, y la modernización suscitada por la colectivización y la industrialización aceleradas, por el otro. Un signo de los efectos de estas últimas fue la relativa liberación de la mujer, participante más o menos activo tanto en la política como en la economía y el sistema educativo.

No es difícil caracterizar lo que la economía chechena era en los estertores de la etapa soviética. Su sustento principal siguió siendo un sector industrial estrechamente vinculado a los complejos de extracción y refinado de petróleo. Aunque los yacimientos de este último tenían cierta importancia, eran patentes el progresivo agotamiento de muchos pozos y la paralela necesidad de acrecentar las inversiones en la explotación. Aun con todo, Chechenia tenía un innegable peso geoeconómico que mucho le debía a la presencia en la capital, en Grozni, de las principales instalaciones de refinado de petróleo de la economía soviética y a la consiguiente red de oleoductos y de gasoductos que jalonaba el territorio, con las secuelas medioambientales que es fácil imaginar. Pese a que la industria alimentaria y otras industrias ligeras adquirieron cierto auge, Chechenia-Ingushetia fue víctima, como tantos lugares de la vieja URSS, de una especialización en el trabajo que hizo de ella un país absolutamente dependiente en muchos terrenos.

La historia

Si se trata de escarbar en algunas claves históricas de largo aliento³, lo primero que conviene subrayar es que el Cáucaso septentrional es un espacio geográfico en el que se ha hecho sentir una enorme diversidad étnica. Por él han pasado, y en él se han quedado, numerosos pueblos. Baste con mencionar los nombres de escitas, alanos, ávaros, jázaros o turcos. Si en el siglo IV penetró el cristianismo en la parte más occidental, hubo que aguardar al siglo VII para que el islam se hiciese fuerte en la porción más oriental. En el siglo XIII, y al ampa-

³ Véanse AIDÁYEVA, Y. A. (dir.): *Chebentsi. Istóriya sovreménnost*, Moscú, Mir domu tvoyemú, 1996; BONIS, M., y MOSCATELLI, O.: *Cecenia*, Roma, Riuniti, 2004; BRUNOT, P., y AVIUTSKI, V.: *La Tchétchénie*, París, PUF, 1998; COMITÉ THÉTCHÉNIE: *Tchéchénie. Dix clés pour comprendre*, París, La Découverte, 2003, y SALVI, S.: *Breve storia della Cecenia*, Florencia, Giunti, 1995.

ro del *janato de la horda de oro*, con centro en el propio Cáucaso septentrional, los mongoles pasaron a controlar el grueso del territorio de Rusia y con Tamerlán incluso los territorios limítrofes al Cáucaso. A partir del XVI, y a través ante todo de los cosacos, empezó a hacerse sentir la presión de Rusia en las estepas septentrionales. Esa presión se acrecentó sensiblemente en la segunda mitad del siglo XVIII y abrió el camino a la incorporación, muy conflictiva, del Cáucaso septentrional al imperio ruso.

De manera más específica, los chechenos parecen ser descendientes de tribus caucásicas que, acaso en el siglo V, buscaron refugio en las montañas tras la invasión alana. Por lo común se trataba de nómadas dedicados a la ganadería y organizados en clanes patriarcales. A finales del siglo XVIII, y tras sucesivas oleadas, se verificó entre ellos la definitiva penetración del islam suní. También a finales del XVIII se hizo evidente la intención rusa de conquistar el territorio ocupado por los chechenos⁴. La resistencia de éstos la encabezó, entre 1785 y 1791, Mansur Ushurma. Más adelante, entre 1834 y 1859, Shamil dirigió una *guerra santa* contra Rusia. En 1864 la confrontación remató, luego de ochenta años, con la victoria y la ocupación rusas, y se produjo un masivo éxodo de gentes del Cáucaso septentrional —muchos de ellos chechenos— hacia el Oriente Próximo. Momento es éste de señalar que, tierra de fricción entre culturas y religiones, en el Cáucaso septentrional no se han hecho valer en momento alguno, pese a lo dicho, ni una plena rusificación ni una cabal musulmanización. Aunque no han faltado poderosos elementos de confrontación entre las etnias locales, la región presenta, por lo demás, cierta unidad de identidades, asentada tal vez en el carácter resistente que, en el pasado, mostraron los habitantes de las zonas montañosas. En la literatura rusa, y en la propia literatura local, la imagen de éstos ha sido siempre la de gentes hospitalarias, orgullosas y destemidas, muy difíciles de someter.

El triunfo de la Revolución de Octubre de 1917 en Rusia suscitó en el Cáucaso septentrional renovadas esperanzas de que las cosas iban a cambiar y de que la férula imperial rusa, en particular, se iba a desvanecer o, al menos, a mitigar. En los años siguientes, extremadamente convulsos, se hicieron notar muchas alternativas. A un intento

⁴ Sobre la confrontación histórica ruso-chechena, véanse GROBE-HAGEL, K.: *Tschetschenien-Russlands langer Krieg*, Colonia, Neuer Isp-Verlag, 2001; SEELY, R.: *Russo-Chechen conflict, 1800-2000*, Londres, Frank Cass, 2001, y SMITH, S.: *Las montañas de Alá. La batalla por Chechenia*, Barcelona, Destino, 2002.

de creación de un Estado independiente en la zona oriental del Cáucaso siguieron la configuración de una república socialista en territorios más centrales y una encendida oposición, en su momento, a los *ejércitos blancos* de Denikin, percibidos como el signo de una amenaza rusa más. A finales de 1919 se procedió a constituir un emirato del Cáucaso septentrional en el que participaron daguestaníes, chechenos, osetios y kabardinos. Dos años después el emirato fue disuelto por los bolcheviques con promesas de cierto grado de autonomía que luego no fueron satisfechas. Tras la efímera creación de una *república soviética autónoma de las Montañas*, en 1922 se optó por la fragmentación de esta última, acompañada entonces de un efectivo desarme de los grupos resistentes y de una incorporación a las estructuras territoriales de Rusia. Secuela de ese proceso de fragmentación fue, en 1922, el reconocimiento, meramente formal, de una región autónoma de Chechenia, pronto seguido, en 1924, del de otra de Ingushetia. Los restos que pudieran quedar de fórmulas autóctonas de organización social y política experimentaron una nueva agresión de resultados del programa de colectivización desplegado en el conjunto de la URSS por Stalin a partir de 1928. Ocho años después la nueva Constitución soviética daba nacimiento a una república socialista soviética autónoma (RSSA) de Chechenia-Ingushetia.

En 1942 el ejército alemán alcanzó el Cáucaso y realizó promesas de reconocimiento de la soberanía de los pueblos que mostrasen una voluntad colaboradora. Aun sin pruebas de una activa colaboración de los chechenos con el invasor nazi —de hecho éste apenas alcanzó territorio checheno—, en 1944 las autoridades soviéticas tomaron dos decisiones asentadas en un visible criterio étnico, toda vez que ningún esfuerzo se hizo para distinguir a presuntos colaboradores de otras gentes: si, por un lado, la RSSA de Chechenia-Ingushetia fue abolida; por el otro, se decretó la deportación, con destino al Asia central, del grueso de la población autóctona. Unas 400.000 personas fueron deportadas, y de ellas unas 100.000 perdieron la vida. El procedimiento se hizo valer también con ingushes, karachais, calmuco, balkares y turcos mesjetas de Georgia, todos ellos recibidos como criminales y delincuentes en los lugares de destino⁵.

⁵ Véanse AVTURJÁNOV, A.: *Ubistvo checheno-ingúshkogo naroda: narodoubistvo v SSSR*, Moscú, Vsiá Moskvá, 1991, y BUGAI, N. F. (dir.): *Represirovanniye narodi Rosii: Chebentsi i Ingushi. Dokumenti, fakti, komentari*, Moscú, TOO Kao, 1994.

El territorio de Chechenia-Ingushetia fue distribuido entre las repúblicas limítrofes, y muchas de las viviendas de los deportados pasaron a manos de nuevos colonos. La rehabilitación oficial, y con ella el retorno de muchos supervivientes, no se produjo hasta 1957. La RSSA de Chechenia-Ingushetia fue finalmente reestablecida en ese año. Conviene recordar, eso sí, que las repúblicas socialistas autónomas —que a la postre eran cuatro en el Cáucaso septentrional: Daguestán, Chechenia-Ingushetia, Kabardino-Balkaria y Osetia del Norte— tenían menores atribuciones que las repúblicas federadas —tal condición correspondía a Georgia, Armenia y Azerbaiyán—, pero se hallaban por encima, en la jerarquía, de las llamadas *provincias autónomas*, como Adigueya o Karachai-Cherkesia.

Desde 1957 hasta la etapa de *perestroika*, Chechenia-Ingushetia siguió avatares semejantes a los del resto de la URSS. Los últimos años de Jrushchov anunciaban ya una vuelta atrás en el reconocimiento de los derechos nacionales, reflujo que se confirmó plenamente, a partir de 1964, de la mano de Brezhnev. El período de gobierno de éste se vio marcado por un impulso hipercentralista, por el acuñamiento de conceptos como el de *pueblo soviético* y por un retroceso en lo relativo al empleo de las lenguas nacionales y a la libre manifestación de las culturas correspondientes. En esos años, la *ingeniería étnica* funcionó visiblemente con un objetivo: rebajar al mínimo posible el peso de las diferentes identidades nacionales.

La gestación del conflicto

En su perfil contemporáneo el conflicto de Chechenia hunde sus raíces en los años de la *perestroika* gorbachoviana en la Unión Soviética. A tono con lo que ocurría en otros muchos lugares, en 1988 surgió un Frente Popular que hizo de la resolución de los problemas ecológicos uno de sus principales objetivos; particularmente significadas fueron las protestas contra la construcción de un complejo bioquímico en Gudermés, en el este de la república. Otras organizaciones políticas que surgieron al calor de la *perestroika* fueron el Partido Democrático Vainaj, el Comité Bart y la sociedad Kavkaz. Pese al nacimiento de fuerzas como las anteriores, la dirección del Soviet Supremo, el Parlamento, de Chechenia-Ingushetia siguió en manos de miembros de la *nomenklatura* de la república, y a través de ella del

Partido Comunista local. En 1990, en particular, un miembro de éste, Doku Zavgáyev, fue elegido presidente del citado Soviet Supremo.

Un cambio sustancial en el panorama se produjo a finales de 1990, cuando vio la luz una nueva formación política, el Congreso Nacional del Pueblo Checheno, presidido por Yojar Dudáyev, un general del ejército soviético de origen checheno que había estado destinado en Afganistán y en Estonia. El Congreso entró en pronta confrontación con el Partido Comunista de Chechenia, y durante varios meses padeció una represión más o menos aguda. Esa colisión alcanzó su momento máximo con ocasión del golpe de Estado de agosto de 1991 en la Unión Soviética: mientras el Congreso Nacional se opuso al golpe, el Partido Comunista, mal que bien, lo respaldó. El fracaso postrero de la intentona golpista fortaleció, por lógica, al primero, y perjudicó, en cambio, al segundo. De resultas, y al cabo de unos días, el Partido Comunista fue disuelto y se procedió a convocar elecciones en Chechenia. Se celebraron en octubre y en ellas el Congreso Nacional obtuvo del orden del 85 por 100 de los votos, no sin que faltasen acusaciones de irregularidades en la campaña y de falta de limpieza en el recuento. Conviene subrayar que todos estos pasos recibieron entonces el beneplácito de las autoridades rusas, con el presidente Yeltsin a la cabeza: aquéllas entendían que, en virtud de su reacción frente al golpe de Estado glosado, Dudáyev y su fuerza política constituían sus aliados locales. Bien es cierto que el Parlamento checheno recién elegido dio un paso más que, en este caso, escapaba con toda evidencia a los intereses de Moscú: a principios de noviembre de 1991 aprobó una declaración unilateral de independencia a la que en aquel momento, el de los meses finales de la Unión Soviética, apenas se prestó atención.

La Chechenia de Dudáyev

Es sencillo caracterizar la realidad que, de la mano de Dudáyev, cobró alas en Chechenia en 1991⁶. El visible apoyo popular recibido por el nuevo presidente permitió que se consolidase una dirección

⁶ Véanse ABUBÁKAROV, T.: *Reshim Yojara Dudáyeva*, Moscú, INSAN, 1998, y MUZÁYEV, T.: *Chebénskaya Respúblika: órgani vlasti i politícheskiye sili*, Moscú, Panorama, 1995.

autoritaria y personal. En el trasfondo de ésta se hallaban al menos tres fenómenos: un pacto con muchos de los dirigentes de los clanes locales, una activa militarización de todas las relaciones y un visible crecimiento del poder de redes mafiosas que operaban tanto dentro como fuera de Chechenia. Hitos importantes que dan cuenta del relieve de alguno de estos factores los aportaron la disolución, por Dudáyev, en 1993 del Parlamento checheno elegido dos años antes —al parecer la causa mayor de medida tan sorprendente fueron divergencias en lo que hace al reparto de los beneficios generados por la industria del petróleo—, la movilización de todos los varones con edades comprendidas entre los quince y los cincuenta y cinco años, la búsqueda activa de armas en los lugares más dispares —el propio ejército ruso fue al respecto abastecedor principal— y, en fin, el empleo consistente de los mentados circuitos mafiosos para sacar adelante las transacciones correspondientes.

Otros hechos importantes se revelaron en Chechenia, con todo, entre 1991 y 1994. Uno de ellos fue el éxodo de una parte de la población rusa; según una estimación, habría abandonado el país un 15 por 100 de los rusos, y ello pese a que es innegable que el gobierno de Dudáyev intentó poner freno al éxodo, consciente del importante papel que los rusos desempeñaban en la industria petrolera. Otro dato significativo llegó de la mano de la ruptura de la república de Chechenia-Ingushetia: la separación de Ingushetia recibió el visto bueno del Parlamento ruso en junio de 1992. Chechenia vivía, entre tanto, en una perpetua zozobra económica. El caos se extendió al compás de reducciones dramáticas en los niveles de producción, de obstáculos al comercio con el exterior y de una notoria escasez de productos. En modo alguno prosperó, por lo demás, la demanda general que las autoridades chechenas realizaban a Rusia: la restitución de los recursos, fundamentalmente el petróleo y el gas, que en su momento habían sido sustraídos a Chechenia, que dejó de percibir, por añadidura, las sumas que le asignaban los presupuestos, primero de la Unión Soviética y más adelante de Rusia. Así las cosas, salarios, pensiones y calefacción se vieron reducidos a poco más que la nada. Añadamos, en fin, que la Chechenia independiente no recibió otro apoyo foráneo que el procedente, durante unos meses, de la vecina Georgia de Zviad Gamsajurdia, al poco derrocado. Buena parte de los esfuerzos de los dirigentes chechenos se concentró, por lo demás, en la creación, sin demasiado éxito, de una renovada Confederación

de Pueblos Montañeses del Cáucaso, que debía integrar a Abjazia — hoy en Georgia—, Chechenia, Ingushetia, Osetia del Norte, Kabardino-Balkaria y Karachai-Cherkesia.

En otro orden de cosas, la respuesta inicial de las autoridades rusas a la declaración de independencia consistió en la imposición de un estado de emergencia, en virtud de un decreto de Yeltsin. La medida fue anulada por el Parlamento ruso, tras las reticencias expresadas y la evidencia de que una parte de la población chechena estaba dispuesta a asumir una resistencia militar. Aunque Rusia en momento alguno reconoció *de iure* la independencia chechena, lo cierto es que las autoridades, pese a respaldar alguna operación militar de nulo éxito, apenas asumieron pasos consistentes orientados a poner freno al proceso correspondiente. Bastará con recordar al respecto que Chechenia pudo seguir exportando, bien que con restricciones, su diezmada riqueza petrolera o que el aeropuerto de Grozni sólo fue cerrado al tráfico civil durante una breve etapa a finales de 1992. Más llamativo aún resultó lo ocurrido en el terreno militar: a mediados del año mencionado el Ministerio de Defensa ruso envió una delegación a Chechenia con el propósito de clarificar el futuro de los contingentes militares todavía presentes en la república secesionista. Se alcanzó un acuerdo en virtud del cual Rusia se comprometía a retirar todos sus soldados —lo hizo materialmente— y a dejar sobre el terreno la mitad de las armas anteriormente a disposición de aquéllos; en los hechos quedaron en Chechenia todas esas armas.

Reflexiónese un momento sobre lo que lo que el acuerdo recién mencionado significaba: aunque Rusia no se avenía a reconocer la independencia de Chechenia, aceptaba de buen grado la retirada del que al cabo era elemento central de control sobre el territorio: sus fuerzas armadas. Si en el verano de 1994, tres años después de la declaración de independencia chechena, alguien hubiese preguntado por lo que ocurría en Grozni, la respuesta se hubiese antojado sencilla: pese a no reconocer la independencia en cuestión, como quiera que Rusia no había asumido ninguna medida de relieve orientada a apagar el fuego correspondiente, en los hechos Chechenia funcionaba como un Estado independiente.

La primera guerra ruso-chechena postsoviética

En diciembre de 1994, y en virtud de un cambio drástico en los criterios avalados por Moscú, el ejército ruso entró en Chechenia con el visible propósito de poner fin al proceso de independencia iniciado en el otoño de 1991. Varias son las razones que vienen a explicar por qué Rusia modificó drásticamente su política en relación con Chechenia. La primera recuerda que en un momento en el que en Rusia empezaba a cobrar alas un discurso imperial, era difícil imaginar que Chechenia mantuviese su relativa independencia. Una segunda explicación sugiere que las autoridades rusas recurrieron a un procedimiento muy común en el planeta contemporáneo: la búsqueda de enemigos externos en la confianza de que la población olvidaría sus problemas económicos y sociales, que como se sabe no eran precisamente menores. Un tercer motivo de la acción militar rusa habría sido el designio de poner freno a una eventual extensión del ejemplo checheno; tal y como lo apuntaron dos periodistas de *Moskóvskiye nóvosti*, se trataría de «cerrar la puerta con energía suficiente como para que vibren los cristales de las casas de los vecinos». Hay que invocar, en cuarto término, algunos condicionantes geoestratégicos y geoeconómicos, como los que recuerdan que el Cáucaso septentrional es la frontera meridional de Rusia con países muy conflictivos, y de manera más genérica con el islam, o que Moscú deseaba restaurar un pleno control sobre oleoductos y gasoductos de valor innegable. Agreguemos, en suma, que con arreglo a determinadas lecturas, se habría hecho sentir la influencia de las mafias —y entre ellas las militares— en la toma de decisiones en Moscú, con una trastienda de acuerdos subterráneos, suscritos en 1991 pero no renovados en 1994, entre las mafias rusas y la dirección chechena. En este plano hay que recordar que en noviembre de 1994 salieron a cotización en los mercados de valores occidentales las primeras acciones de los complejos chechenos de producción de petróleo y gas. De acuerdo con una versión de los hechos, la conciencia de que Chechenia escapaba de forma efectiva al control de las autoridades —y de las mafias— rusas provocó un cambio, un endurecimiento, en la estrategia de Moscú, que abandonó las presiones políticas en provecho de las acciones militares.

Las cosas como fueren, ninguna duda razonable existe con respecto a un hecho: la decisión de actuar militarmente en Chechenia

fue adoptada por el poder civil en Moscú. Acaso, y pese a las apariencias, no fue muy grata para las fuerzas armadas⁷, que en su acción exhibieron, de cualquier modo, una notoria improvisación. La operación no fue en forma alguna un paseo militar —como parecía pensar el ministro de Defensa ruso, Pável Grachov, cuando anunció que la toma de Grozni era tarea de un par de horas para un destacamento de paracaidistas— y encontró una resistencia mucho mayor de la esperada. Al poco se hicieron evidentes varias circunstancias: el crecimiento del número de bajas por ambos bandos, la extensión del conflicto, la destrucción de núcleos de población enteros y un grave riesgo de catástrofe ecológica. Las autoridades rusas mostraban una notoria falta de previsión con respecto a tres horizontes: una futura administración militar, una eventual resistencia guerrillera y una posible extensión del conflicto a otros lugares del Cáucaso norte⁸.

La primera guerra sirvió como excusa, por otra parte, para una reordenación de las relaciones políticas en Rusia. Rasgo central de la nueva situación fue el hecho de que el presidente Yeltsin se encontró con la oposición de figuras y de fuerzas que tradicionalmente lo habían apoyado. En los hechos sólo una fuerza política de relieve, el parafascista Partido Liberal Democrático de Vladímir Yirínovski, respaldó sin fisuras las acciones militares. En paralelo se reveló un escaso apoyo parlamentario a la intervención en Chechenia, circunstancia que, por lo que parece, no preocupó en exceso a Yeltsin. No faltaron, por lo demás, militares significados que expresaron, también, su disensión.

Agreguemos que en la primera guerra, a diferencia de lo que ocurrió en la segunda, los medios de comunicación rusos pudieron desarrollar su trabajo con relativa independencia⁹, con los efectos ima-

⁷ Véase NÓVICHKOV, N. N., *et al.*: *Rostiiskie Vooruyenniye Sili v chechenskom konflikte*, Moscú, Trivola, 1995.

⁸ Véanse O'BALLANCE, E.: *Wars in the Caucasus, 1990-1995*, Nueva York, New York University, 1997; BENNETT, V.: *Crying wolf. The return of war to Chechnya*, Londres, Macmillan, 1999; GALL, C., y WAAL, T.: *Chechnya. A small victorious war*, Londres, Pan, 1997; KRECH, H.: *Der russische Krieg in Tschetschenien 1994-1996*, Berlín, Köster, 1997; KULIKOV, A., y LEMBIK, S.: *Chechenski uzet: jronika voorusbénmogo konflikta, 1994-1996 gg*, Moscú, Dom Pedagogiki, 2000, y LIEVEN, A.: *Chechnya. Tombstone of Russian power*, New Haven, Yale University, 1999.

⁹ Véanse PANFÍLOV, O. (dir.): *Yurnalisti na chechenskoj voíné: fakti, dokumenti, svidételstva*, Moscú, Prava chelobeka, 1995, y PANFÍLOV, O., y SIMÓNOV, A. (dirs.): *Informatsiónnaya voíná v Chechne*, Moscú, Prava chelobeka, 1997.

ginables en la opinión pública. Las encuestas ponían de manifiesto, por ejemplo, que al menos en las grandes ciudades eran minoría quienes respaldaban las acciones militares. No se trataba, aun así, de que la opinión pública rusa aceptase, por convencimiento y liberalidad, un horizonte de independencia para Chechenia. Por momentos parecía, antes bien, que el objetivo era desprenderse, con innegable desprecio y xenofobia, de un territorio cuyos habitantes habían sido sistemáticamente satanizados por la propaganda oficial. Muchas gentes habían hecho suya, en otras palabras, una visión de las cosas bien plasmada en un libro, *Cómo reorganizar Rusia*, escrito por Alexandr Solyenitsin un lustro antes: había que fortalecer el núcleo ruso-eslavo y olvidarse de países que, como los del Cáucaso y el Asia central, no eran otra cosa que rémoras¹⁰. Esto aparte, uno de los elementos centrales de la propaganda gubernamental —la identificación entre chechenos, mafias y terrorismo— produjo tal vez un efecto contrario al acariciado: si la identificación reseñada resultaba ser veraz —parecían pensar muchos rusos—, era preferible que los chechenos tuviesen un Estado propio y no pudiesen moverse a sus anchas por Rusia.

El acuerdo de Jasaviurt y el interregno de 1996-1999

Los sucesivos reveses militares rusos, particularmente notables en 1996, condujeron a un acuerdo de paz que se firmó, con el aval del general Alexandr Lébed, entonces secretario del Consejo de Seguridad ruso, en la daguestaní localidad de Jasaviurt en agosto de ese año. En virtud de ese acuerdo, Moscú aceptó retirar sus contingentes presentes en Chechenia, la resistencia local asumió una progresiva desmilitarización y se estableció un periodo de cinco años de duración en el transcurso de los cuales debía procederse a normalizar la vida de una república castigada por una sangrienta guerra; no se olvide que las imágenes de Grozni machacada por la artillería rusa sólo tenían parangón adecuado en las de Dresde, la ciudad alemana bombardeada por los aliados en 1945. El acuerdo de Jasaviurt incluía, con todo, una cláusula más, en la medida en que contemplaba el despliegue de una fórmula, no precisada, de autodeterminación que debía cobrar cuerpo una vez transcurrido el lustro de normalización.

¹⁰ SOLYENITSIN, A.: *Cómo reorganizar Rusia*, Barcelona, Tusquets, 1991.

La primera novedad importante registrada en el panorama checheno la configuraron unas elecciones celebradas en enero de 1997 y supervisadas por la Organización de Seguridad y Cooperación en Europa. En ellas se impusieron con rotunda claridad las opciones independentistas, que auparon al poder a Aslán Masjádov (Dudáyev había muerto en abril de 1996 de resultados del bombardeo de su campamento por la aviación rusa). Las fuerzas mejor paradas electoralmente eran partidarias, de cualquier modo, de una negociación política con Moscú que permitiese sacar adelante el proceso de independencia. Era verdad, con todo, que Rusia — pese a aceptar en adelante que sus relaciones con Chechenia lo eran de estricto derecho internacional— se mostró poco propicia a colaborar con los nuevos dirigentes chechenos. Significativo fue, por ejemplo, que el Kremlin se negase a aportar la ayuda económica financiera comprometida en su momento, como interesante resulta que en Chechenia no cobrase cuerpo, en esos años, ningún programa internacional de reconstrucción. Naciones Unidas, en particular, entendía que el conflicto era un asunto interno de Rusia, con lo que no procedía su intervención en caso alguno.

Para que nada faltase, en buena parte del territorio checheno empezaron a proliferar auténticos *señores de la guerra* que a menudo se entregaron a la muy lucrativa industria del secuestro. En varios casos esas gentes se sumaron, por añadidura, al auge de versiones rigoristas del islam como la promovida, ante todo, por movimientos wahabíes. Parece fuera de discusión, por lo demás, que entre 1996 y 1999 Rusia toleró, cuando no estimuló, el crecimiento de esos movimientos con la vista puesta en segar la hierba por debajo del gobierno de Masjádov. Este último, en posición cada vez más precaria, transigió con frecuencia, en fin, con muchas de las demandas que llegaban del islam más fundamentalista, circunstancia que no dejó de generar inquietud en una sociedad, la chechena, de siempre poco afín a esas interpretaciones. Si se trata de resumir todo lo anterior, lo suyo será que afirmemos que en los años que nos ocupan, lejos de normalizarse el escenario checheno, ganó terreno de manera visible, con evidente colaboración rusa, el caos.

Dos hechos pusieron fin a esta etapa. El primero lo constituyó el despliegue, en Daguestán, de un movimiento guerrillero, fundamentalmente checheno, liderado por uno de los *señores de la guerra* de los que acabamos de hacer mención: Shamil Basáyev. El ejército ruso respon-

dió rápida y enérgicamente, y obligó al repliegue de los guerrilleros, en una tesitura en la que el Kremlin podía argumentar que cada vez se hacía más urgente actuar contra el cáncer checheno. Mayor relieve tuvo, sin embargo, el segundo hecho, configurado, en septiembre de 1999, por la colocación de bombas en dos edificios de viviendas en Moscú, acompañada de otras bombas que se hicieron explotar, también en edificios de viviendas, en un par de ciudades del sur de Rusia, todo ello con resultado de un número muy alto de muertos. El impacto emocional de estos atentados fue poderosísimo, y palpables sus efectos en el panorama político y en la opinión pública en Rusia. Si en 1995 sólo un partido respaldaba las acciones militares en Chechenia, en 1999 sólo una fuerza política —de relieve, por lo demás, menor—, Yábloko, se opuso a ellas; si en 1995 eran muchos los rusos propicios a aceptar la independencia de Chechenia, la hostilidad con respecto a esa posibilidad se hizo abrumadoramente mayoritaria a partir de 1999.

Las circunstancias que acabamos de mencionar sirvieron de cimientto para sacar adelante una nueva intervención militar rusa en Chechenia, al tiempo que mejoraron sensiblemente la posición de un dirigente político en ascenso, Vladímir Putin, quien en agosto de 1999 había sido designado primer ministro por Yeltsin. Estos cambios no podían por menos que alentar un debate, todavía hoy no zanjado, en lo que respecta a la autoría de los atentados recién referidos: aunque la versión oficial en Moscú atribuía éstos a la guerrilla chechena, lo cierto es que no faltaban los expertos que sospechaban de los propios servicios de inteligencia rusos.

La segunda guerra ruso-chechena postsoviética

El ejército ruso penetró de nuevo en Chechenia a principios de octubre de 1999, y lo hizo tras haber aprendido algunas de las lecciones de su derrota en la primera guerra. Aun con ello, más de seis años después, la resistencia chechena no ha sido doblegada, como lo ilustran por igual el hecho de que controle determinadas zonas montañosas del sur del país y haya conservado cierta capacidad de asestar golpes en las ciudades de las llanuras septentrionales¹¹.

¹¹ Véanse ALDIS, A. C. (dir.): *The second Chechen war*, Sandhurst, Conflict Studies Research Center, 2000; KRECH, H., y NOACK, S.: *Der zweite Tschetschenienkrieg*

Aunque las primeras justificaciones rusas de las acciones militares llamaban la atención sobre el propósito de hacer frente a la amenaza terrorista que suponían grupos como el liderado por Basáyev, lo cierto es que el último día de 1999 el primer ministro Putin dejó las cosas claras y señaló que el objetivo principal estribaba en restaurar la integridad territorial de Rusia o, lo que es lo mismo, en cancelar los efectos del acuerdo de Jasaviurt. Para hacerlo, y hasta el día de hoy, Rusia ha abrazado en Chechenia una política de tierra quemada, traducida en un número muy alto de muertos, desaparecidos, heridos y detenidos. Las acciones del ejército ruso se han desarrollado, por lo demás, en un escenario de manifiesta impunidad: no se olvide que en Chechenia no hay periodistas ni observadores internacionales, de la misma suerte que tampoco se hacen valer jueces y fiscales que puedan desarrollar su trabajo. En tales condiciones la información que llega de Chechenia es escasa —lo es particularmente en la propia Rusia—, y hay que recurrir a los trabajos publicados por periodistas que desarrollan una tarea heroica —el caso de Anna Politkóvskaya—¹² y a los datos que manejan organizaciones de derechos humanos como la rusa Memorial o Human Rights Watch y Amnistía Internacional¹³.

Es innegable, por otra parte, que determinados segmentos de la resistencia chechena —acaso los vinculados con el islam más rigoris-

1999-2002, Berlín, Köster, 2002. Por las dos guerras postsoviéticas en su conjunto se interesan DUNLOP, J. D.: *Russia confronts Chechnya*, Cambridge, Cambridge University, 1998; EVANGELISTA, M.: *The Chechen wars. Will Russia go the way of the Soviet Union?*, Washington, Brookings Institution, 2002, y TRENIN, D., et al.: *Russia's restless frontier: the Chechnya factor in post-Soviet Russia*, Washington, Brookings Institution, 2004. También, desde claves antropológicas, TISHKOV, V.: *Chechnya; life in a war-torn society*, Berkeley, University of California, 2004, y *Obschestvo v vooruyennom konflikte: etnografiya chechenskoi voíní*, Moscú, Nauka, 2001.

¹² Véanse POLITKÓVSKAYA, A.: *Una guerra sucia. Una reportera rusa en Chechenia*, Barcelona, RBA, 2003; *Terror en Chechenia*, Barcelona, Del Bronce, 2003, y *La deshonra rusa*, Madrid, RBA, 2004. Anna Stepánovna Politkóvskaya trabajaba para el diario *Novaya Gazeta* y había denunciado contundentemente la política del Kremlin y de Vladimir Putin en Chechenia. Fue asesinada en el ascensor de su casa de Moscú el 7 de octubre de 2006, día del aniversario de Putin, cuando estaba trabajando en un artículo sobre la práctica de torturas sistemáticas por el ejército ruso en Chechenia. También NIVAT, A.: *El laberinto checheno*, Barcelona, Paidós, 2003, y *La guerre qui n'aura pas eu lieu*, París, Fayard, 2004.

¹³ Véanse, por ejemplo, HUMAN RIGHTS WATCH: *Welcome to hell. Arbitrary detention, torture, and extortion in Chechnya*, Nueva York, Human Rights Watch, 2000, y AMNESTY INTERNATIONAL: *Russian Federation: Chechnya. For the motherland*, AI, EUR 46/46/99.

ta— han protagonizado hechos de terror execrables como los registrados en el teatro Dubrovka de Moscú, en octubre de 2002, o en una escuela en Beslán, en Osetia del Norte, en septiembre de 2004. Conviene subrayar, eso sí, que semejantes acciones han sido comúnmente repudiadas por la dirección de la resistencia chechena, no sin que faltasen especulaciones relativas a quiénes eran los agentes ejecutores y cuáles los intereses subterráneos que operaban por detrás de las acciones reseñadas.

Al margen de las operaciones militares, las autoridades rusas han intentado desplegar en Chechenia, con liviano éxito, lo que han dado en llamar un programa de *normalización*. Objetivo fundamental de este último ha sido forjar un gobierno checheno prorruso, inicialmente encabezado por Ajmat Kadírov, asesinado en 2004, y después liderado por Alu Aljánov. Hitos fundamentales de la política rusa han sido la aprobación de una nueva Constitución para Chechenia y la celebración de sucesivas elecciones. Si la primera en modo alguno reconoce el derecho de autodeterminación y le confiere al ruso la condición de única lengua oficial en el país, las segundas se han desarrollado sin las garantías más elementales. Aunque es pronto para valorar el resultado de la *normalización* avalada por el Kremlin, la impresión general es que las nuevas instituciones, apenas acompañadas de progresos en el terreno económico y social, no están cuajando.

Agreguemos que, de resultas de la posición adoptada por las autoridades rusas, en Chechenia no está abierta ninguna negociación. No se olvide que aquéllas, en una dramática e interesada simplificación, se han inclinado por etiquetar a toda la resistencia chechena de *terrorista y fundamentalista islamista*, algo que a la postre ha venido a cancelar la posibilidad de que del otro lado de la trinchera emerja un interlocutor político con el que dialogar. No deja de ser llamativo, por otra parte, que en la primavera de 2005 Moscú consiguiese deshacerse del propio presidente Masjádov, que en todo momento asumió la perspectiva de una negociación sin condiciones previas, pero que no pudiera acabar con Shamil Basáyev hasta el verano de 2006.

Tampoco conviene olvidar, claro, que la segunda guerra ruso-chechena postsoviética ha sido catapulta principal para que Putin, convertido en presidente ruso en marzo de 2000, consolidase su poder de la mano de medidas de fuerza. En ese esfuerzo ha resultado vital, también, la anulación de aquellos medios de comunicación que mostra-

ban alguna propensión a ofrecer una información distinta de la avalada por las autoridades. Aun así, muchos expertos consideran que el enquistamiento del conflicto checheno está provocando cierto despertar de la conciencia crítica en Rusia, de tal suerte que la opinión pública, en particular tras los hechos de Beslán, se estaría mostrando incipientemente propicia a cuestionar muchos de los términos de las políticas oficiales. Es obligado concluir, de cualquier modo, que a duras penas se alterará el escenario checheno si en Rusia no se registran cambios significativos en las políticas defendidas por el Kremlin.

El papel de los agentes externos

Dos son las ideas que conviene manejar a la hora de dar cuenta del papel asumido, en relación con el conflicto de Chechenia, por los diferentes agentes externos¹⁴. La primera llama la atención sobre la política defendida por Estados Unidos. A menudo se ha sugerido al respecto que Washington habría estimulado, en 1991, el proceso de independencia de Chechenia con la vista puesta en generar problemas a la URSS y, luego, a Rusia. El problema de esta versión de los hechos es doble: si, por un lado, exagera las capacidades de influencia de Estados Unidos en el Cáucaso en el momento mencionado, por el otro, prefiere ignorar las numerosas, y significativas, claves internas que explican de manera suficiente la gestación del contencioso checheno. Enunciemos nuestra tesis en otros términos: si en 1991, cuando Estados Unidos estaba objetivamente interesado en desestabilizar a su rival soviético-ruso, su capacidad de influencia en la región era muy reducida, en 2006, cuando la presencia norteamericana en el Cáucaso se antoja evidente, los intereses estadounidenses son otros: no hay ningún motivo para concluir, en particular, que la Casa Blanca siente alguna simpatía por una Chechenia independiente que estaría inequívocamente impregnada, en un grado u otro, por el islam rigorista. Acaso la política presente de Washington remite a la que Henry Kissinger describió en su momento cuando glosó la actitud de Estados Unidos en relación con la guerra que libraban, en el decenio de

¹⁴ Véase JONSON, L., y ESENOV, M. (dirs.): *Chechnya: the international community and strategies for peace and stability*, Estocolmo, Swedish Institute of International Affairs, 2000.

1980, Irán e Irak: el objetivo principal estribaba en que ambos rivales fuesen mutuamente derrotados.

Hay que preguntarse, en segundo lugar, por el tono general de las políticas defendidas, en relación con Chechenia, por las potencias occidentales. Al respecto lo primero que se impone es subrayar el designio de éstas en el sentido de no enrarecer las relaciones con un país, Rusia, que al cabo sigue siendo una gran potencia y que configura, por añadidura, un abastecedor vital de materias primas energéticas. En ese orden de cosas, tanto Estados Unidos como, de manera más singular, la propia Unión Europea se han contentado, en el mejor de los casos, con enunciar críticas a la política del Kremlin en Chechenia sin hacerlas acompañar de medidas encaminadas a provocar cambios en esa política. Parece que no es desmesurado aducir que, de resultas, los dirigentes occidentales se han inclinado, en los hechos, por *mirar hacia otro lado* cuando el contencioso checheno estaba de por medio. Aunque acaso semejante descripción ha perdido utilidad con posterioridad a los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington: desde entonces y hasta hoy el tono general de la política occidental parece asentarse en la convicción de que las autoridades rusas están actuando con respetable energía para hacer frente a un problema, el checheno, que inopinadamente se subsume sin más en el magma de eso que ha dado en llamarse *terrorismo internacional*. En tales circunstancias no es preciso concluir que el silencio, dramático, que rodea al conflicto de Chechenia se ha convertido en un elemento más que invita al pesimismo en lo que se refiere a una eventual resolución de aquél que tome en consideración, en serio, la opinión de la población local.

Una conclusión general¹⁵

Apenas se le ha prestado oídos a la formidable proliferación, entre nosotros, de expertos en seguridad. Aunque sus excepciones hay, frecuente es que estas gentes revelen querencias manifiestamente reaccionarias y se instalen con comodidad en la vulgata difundida por los neoconservadores norteamericanos. Si unas veces disfrutan de posi-

¹⁵ Esta conclusión bebe del texto «Islamistas por doquier», publicado en *El Periódico de Cataluña*, 26 de octubre de 2004.

ciones de franco poder, en otras, y de forma sibilina, han acabado por marcar muchas agendas impregnadas de eso que ha dado en llamarse *realpolitik*.

No hay mejor retrato del discurso que nos ocupa que el que aporta su obsesión por apreciar, en todas partes, islamistas desbocados que formarían parte de oscuras tramas internacionales. La opacidad de estas últimas —todo puede decirse sobre ellas— otorga a estas gentes una singular seguridad y contundencia en sus argumentos. Varias son las consecuencias de esta radical supremacía atribuida al terror islamista internacional.

La primera no es otra que un inocultado desinterés por las claves singularizadoras de los conflictos. Si ya sabemos lo que es Al Qaida, y la naturaleza aberrante de su apuesta, ¿a qué prestar atención a lo que ocurre en Chechenia, en Cachemira, en el Kurdistán o en Palestina? Basta con invocar una conocida trama planetaria que, al responder a una inercia propia preñada de fanatismo, justificaría su pleno desgajamiento con respecto a los problemas de unos u otros escenarios. En su caso, y en fin, tampoco habrá lugar para consideraciones sobre por qué el islamismo desbocado ha encontrado un adecuado caldo de cultivo aquí o allá.

La segunda consecuencia es una macabra carta blanca otorgada a gobiernos que muestran un manifiesto desprecio por los derechos humanos y las reglas del juego democrático. El *todo vale* contra el terror se ha instalado en el núcleo del discurso que nos interesa, siempre sumiso al acatamiento de lo que rezan formidables maquinarias de propaganda. Que nadie busque en las reflexiones de los expertos neoconservadores ninguna consideración crítica, por ejemplo, de las distorsiones que los gobiernos estadounidense y ruso ofrecen en relación con lo que ocurre, respectivamente, en Irak y en Chechenia.

Al calor de estas fórmulas se ha asentado sin rebozo una obscena doble moral que invita a tratar de forma distinta a amigos y a enemigos, a poderosos y a débiles. De resultas, y ésta es la tercera secuela, los terroristas son siempre los otros. Procede hablar en exclusiva de lo ocurrido en Beslán, en Osetia del Norte, y arrinconar en paralelo cualquier discusión relativa a lo que sucede todos los días en Chechenia. El terror de Estado queda entonces en el olvido, toda vez que sólo se invoca en el caso de manifiestos enemigos, degradados a la vil condición de gamberros y díscolos.

Mencionemos una cuarta consecuencia: la mayoría de los expertos en seguridad se muestran renuentes a aceptar la idea de que, siendo injustificables los hechos de terror que tan a menudo nos ocupan, no por ello hay que dejar de buscar explicaciones al respecto. Los problemas de fondo que, en un planeta marcado por la injusticia y las exclusiones, a buen seguro vienen a dar cuenta, en muchos casos, de comportamientos desbocados no son objeto de atención alguna. La secuela principal de tan llamativo olvido es la defensa, omnipresente, de medidas de cariz estrictamente policial-militar. ¿Para qué recordar que la principal lacra del planeta, antes como después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, no es el terrorismo, sino, claro, la pobreza?

Rescatemos una quinta, última y significativa consecuencia de la apuesta neoconservadora. En ésta no se barrunta, ni de lejos, ningún designio orientado a atribuir responsabilidad alguna, en la gestación de las miserias del planeta contemporáneo, al mundo occidental y a sus aliados regionales. Nos hallamos, si así se quiere, ante un negativo fotográfico del discurso de Osama Bin Laden: toda la culpa de lo que ocurre recae sobre los otros, sobre los infieles, en un argumento de ribetes eventualmente xenófobos. Todos los chechenos, o todos los musulmanes, son terroristas irrecuperables en un magma impregnado de esa formidable e interesada superstición que es el choque de civilizaciones.

Como fácilmente puede deducirse, muchas de esas aberraciones discursivas se revelan en la Chechenia de 2006, y lo hacen de tal manera que a estas alturas parece poco relevante el principal de los argumentos aducidos, desde hace quince años, por Moscú: el que da cuenta del carácter unilateral, y no ajustado a derecho, de la declaración de independencia de Chechenia. En el escenario checheno se ha hecho notar una larga serie de unilateralidades previas, entre las que se cuentan una conquista militar, la rusa, realizada dos siglos atrás; la posterior ratificación, tras la Revolución de Octubre, de la vieja lógica imperial, o la masiva deportación de ciudadanos chechenos operada en 1944. Por si poco fuera, a las puertas del conflicto actual está una decisión unilateral más: la que en 1991 dio en reconocer a las repúblicas federadas soviéticas un derecho a la independencia que, sin embargo, se negó a entidades que, como Chechenia, tenían un rango menor. Si artificial y no democrático era el Estado soviético, semejante distinción en cuanto a atribuciones tiene que resultar inevitablemente caprichosa. Y obligado resulta señalar que algo tendrán que decir los habitantes de Chechenia sobre lo que su país debe ser en el futuro.